

Egipto y Siria: involución y callejones sin salida

Rosa Meneses

Periodista del diario El Mundo especializada en Oriente Medio y Magreb



La guerra de Siria, que inicialmente estalló entre una confederación de facciones rebeldes suníes y el régimen del presidente Bashar Asad, se ha convertido en un conflicto de varias caras en el que derrotar el terrorismo yihadista ha pasado a ser la prioridad número uno. La prominencia que han alcanzado grupos yihadistas como Estado Islámico y Jabhat Al Nusra ha soterrado las motivaciones iniciales de la guerra, lo que al mismo tiempo la perpetúa y la confina a un largo callejón sin salida. La extensión del conflicto armado al vecino Irak sólo complica las opciones de resolución de la contienda siria.

Mientras, el auge de Estado Islámico está siendo utilizado por el presidente egipcio, Abdel Fatah Al Sisi, con el fin de englobar su batalla para erradicar a los Hermanos Musulmanes como fuerza política en una guerra más amplia contra el terrorismo en la región. Como respuesta a los grandes desafíos que tiene que atajar, Al Sisi ha optado por una militarización de la política, lo

que supone una involución que ha anulado la revolución que derrocó al régimen de Hosni Mubarak en 2011. Pero si fracasa en encontrar soluciones que alivien la grave crisis económica que sufre el país y en disminuir la polarización política de la sociedad egipcia, su régimen puede enfrentarse a nuevas olas de descontento que hagan peligrar su pretendida estabilidad.

La radicalización del conflicto sirio

La situación caótica en Siria, creada por el conflicto prolongado, favoreció la intervención sobre el terreno de grupos ligados a Al Qaeda (es el caso de Jabhat Al Nusra, JN) que empezaron a aparecer en julio de 2011. A partir de entonces, la radicalización de la contienda siguió progresivamente su curso y provocó el auge de la organización yihadista Estado Islámico de Irak y Sham (como se conoce en árabe a la región del Levante, que engloba Siria y Líbano, pero también Palestina y partes de Jordania), que más tarde cambiaría su nombre y lo reduciría a Estado Islámico (conocido como IS, en sus siglas en inglés, o Daesh, en su acrónimo árabe). IS, que inicialmente combatía junto a JN y compartía objetivos con él, fue expulsado de Al Qaeda oficialmente en febrero de 2014 y desde entonces ha pasado a estar en competencia con ella, creando una guerra dentro de la guerra en Siria y, globalmente, una rivalidad por el liderazgo del *yihad* (guerra santa) internacional.

La situación caótica en Siria, creada por el conflicto prolongado, favoreció la intervención sobre el terreno de grupos ligados a Al Qaeda

Con la pretensión de IS de establecer un califato en Oriente Próximo y su expansión en Siria y, a partir de 2014, en Irak, la lucha entre el régimen de Asad y la oposición armada ha pasado a un segundo plano. Esa expansión ha provocado también la entrada de nuevos actores en el frente de batalla, como ha sido el caso de los kurdos de Siria –que hasta entonces habían mantenido una postura equilibrada sin manifestarse ni contra Asad ni contra los rebeldes– y los de Irak –reverberando la ambición de evolucionar desde la actual autonomía de la que disfrutaban dentro del país hacia la independencia y expandir sus dominios a sus territorios históricos–. Todo lo que importaba hace un año ha sido desplazado por la preocupación entre la llamada comunidad internacional por las conquistas y exacciones de IS y los conflictos colaterales que está revitalizando o provocando. Al Qaeda, que vio en la contienda siria su oportunidad de oro, ya no es la principal preocupación de las Agencias de Inteligencia internacionales. Tristemente, las consecuencias humanitarias del conflicto –los sirios están reemplazando a los afganos como la población refugiada más numerosa del mundo, con más de 2,4 millones de personas huidas de sus hogares, según Naciones Unidas– tampoco ya escandalizan a las potencias del mundo. El autodenominado Estado Islámico y un conflicto regional de imprevisibles consecuencias es el

mayor condicionante geoestratégico en Oriente Próximo a finales de 2014.

La guerra de Siria se convirtió pronto en una nueva causa para el yihadismo internacional, tal como lo fue en los años ochenta la guerra de Afganistán. Sin embargo, el importante flujo de milicianos islamistas venidos de todo el mundo para ayudar a derrocar el régimen brutal y atroz de Bashar Asad tiene ahora una motivación que supera la inicial: establecer un califato que borre las fronteras establecidas por el acuerdo de Sykes-Picot de 1916 y rememore el esplendor omeya y abásida. Que Damasco y Bagdad fueran las antiguas capitales califales supone una motivación extra para los guerrilleros de IS, que ven en su lucha una prolongación de las batallas históricas en el Levante mediterráneo que profetizan el Día del Juicio. No hay que pasar por alto que la *capital* de IS en Siria es Raqqa, una ciudad en cuyas inmediaciones tuvo lugar en el año 657 la Batalla de Siffin, que sentó las bases de la división del islam entre suníes y chiíes.

El conflicto de Siria, que ha entrado en su cuarto año, ha provocado cientos de miles de muertos y ha convertido a un tercio de la población siria en desplazados internos y refugiados, ha puesto en evidencia que la pasividad de algunos miembros de la comunidad internacional y el intervencionismo de otros a favor de bandos opuestos no sólo ha complicado el escenario bélico dentro de Siria sino que ha ayudado a expandirlo regionalmente, con Irak y el Líbano directamente afectados por el auge de IS. Los sirios que a principios de 2011 comenzaron una ola de protestas pacíficas contra el yugo que les reprimía durante 43 años, han visto secuestrada su revolución primero por la guerra y luego por el islamismo radical que se ha tornado también contra ellos. En muchas zonas de la Siria *liberada* por los rebeldes, IS ha irrumpido con su régimen de torturas, decapitaciones y autoritarismo brutal haciendo que los sirios tengan que luchar de nuevo por su libertad. Los grupos rebeldes armados pro-democracia –integrados en el Ejército Libre de Siria (ELS)– y los activistas civiles y defensores de los derechos humanos se han visto en la disyuntiva de elegir entre luchar contra Asad o luchar contra IS, y a veces, contra ambos a la vez, lo que ha hecho que el campo pro-democrático pierda terreno a favor de una mayor radicalización bélica e ideológica que retroalimenta el conflicto.

Si 2014 se inauguraba con conferencias en Ginebra para resolver la situación de Siria a través de negociaciones entre la oposición internacionalmente reconocida y el Gobierno de Damasco, el año no puede acabar de una forma más diferente, con un conflicto cuyos callejones sin salida se han tornado retorcidos y cada vez más angostos. Pese al fracaso de las negociaciones en la ciudad suiza, en los primeros meses del año se consiguió pactar pequeños acuerdos de alto el fuego en diferentes ciudades asediadas por el ejército sirio

El conflicto en Siria ha provocado cientos de miles de muertos y ha convertido a un tercio de la población siria en desplazados internos y refugiados

para lograr el acceso de la ayuda humanitaria y de alimentos básicos y la salida de civiles. Tales acuerdos dieron ciertos frutos en Homs o Barza, donde las tropas de Asad practicaban una de sus estrategias favoritas: aislar las zonas bajo control rebelde y someter a éstos y a la población civil al aislamiento y el hambre. Y trajeron la esperanza de que, a través de acuerdos limitados en el tiempo y el lugar, podía ser posible establecer un modelo para poner fin al conflicto en un plazo corto (Hassan, 2014) y, además, abrir la posibilidad para negociar un acuerdo de paz a largo plazo.

Pero entonces, la cara del extremismo yihadista de IS empezaba a dejar de estar desenfocada para convertirse paulatina pero rápidamente en una imagen fija de la guerra siria, ampliando el conflicto al vecino Irak –amparándose en las propias dinámicas políticosociales del país– y complicando sobremanera las opciones para llegar a una solución, si alguna vez se estuvo cerca de ella. La expansión de IS en Siria fue desarrollándose sin que ni Bashar Asad ni Occidente lo impidieran y, a partir de ahí, los yihadistas de Abu Bakr Al Baghdadi, utilizaron Siria como trampolín para propagar su control sobre Irak, en una ofensiva relámpago sobre Mosul que sorprendió al mundo el pasado junio. La situación se deterioró hasta el punto en que Bagdad pidió ayuda a EEUU para contener el avance de IS. En agosto, el presidente de EEUU, Barack Obama, autorizó bombardeos contra objetivos de IS en Irak, que luego se ampliaron limitadamente a Siria. Sin embargo, la estrategia de acoso aéreo no es la panacea para acabar con Estado Islámico. Tanto EEUU como sus aliados europeos deben considerar otras medidas para contrarrestar la furia expansiva de IS antes de que sea tarde, pues esta organización amenaza las relaciones tradicionales políticas, ideológicas, sociales y económicas en la región y, más allá, con reescribir el conflicto entre suníes y chiíes.

Fragmentación y realineación de alianzas

El desmoronamiento del Estado sirio a causa de la guerra ha traído consigo enormes zonas de vacío que están siendo ocupadas por diferentes fuerzas y actores. Siria se está fragmentando. IS controlaba a finales de 2014 el 35% del territorio de Siria (y el 20% del territorio de Irak). Asad tiene bajo su poder la mayor parte de la geografía de Damasco hasta la costa mediterránea. El norte de Siria ha estado principalmente controlado por los rebeldes suníes del ELS hasta que IS se ha hecho fuerte en algunas bolsas de territorio, contando con importantes enclaves en la frontera con Turquía que facilitan su logística conectando directamente sus dominios a través de Siria e Irak siguiendo el cauce de los ríos Tigris y Éufrates.

En el noreste, los kurdos sirios, que habían establecido una zona pseudoautónoma imitando a sus vecinos de Irak, se han visto directamente implicados en la guerra contra IS y han perdido importantes enclaves. IS ha revivido el viejo conflicto kurdo en Turquía, que a duras penas estaba en una pre-fase de negociación y que a mediados de octubre de 2014 sufrió un vuelco con el bombardeo turco a posiciones del Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK), la guerrilla kurda en el sureste de Turquía que mantiene vínculos con las unidades de autodefensa kurdo-sirias del PYG (Partido de la Unión Democrática), que a su vez combaten a los yihadistas en Siria.

En el sur, los rebeldes suníes –con brigadas abiertamente islamistas y que incluyen a las milicias de Jabhat Al Nusra (Frente de la Victoria), los representantes de Al Qaeda en la contienda siria– mantienen su control desde Deraa (cerca de la frontera jordana) a Quneitra, en los Altos del Golán (en disputa con Israel desde la Guerra del 67).

La oposición política siria ha perdido grandes dosis de credibilidad ante las milicias del ELS –que les rechazan como *revolucionarios de hotel de cinco estrellas*– y tampoco parece que sea ahora un referente para la comunidad internacional en la lucha contra IS. El ELS, que por su parte se encuentra muy debilitado por su falta de ayuda financiera y militar, es dudoso que pueda hacer el *trabajo sucio* contra IS sobre el terreno, cuando ha sido abandonado por Occidente. Es más: su enemigo sigue siendo Asad, no IS. La Administración Obama ha anunciado que no se está coordinando con las milicias del ELS para luchar sobre el terreno contra IS (Dilanian, 2014) y que, sin embargo, está financiando a otras fuerzas locales para hacerlo. De momento, a finales de 2014, la campaña de bombardeos contra IS en Siria sólo parece beneficiar al ejército de Asad, que está ocupando el vacío dejado por los yihadistas.

Para IS, Asad no es la prioridad (Nakhoul, 2014). Pero el Estado Islámico es el *nuevo enemigo* de las potencias occidentales y está llevando a una realineación de las alianzas (Meneses, 2014) según los intereses y las amenazas actuales, lo que puede resultar incluso contradictorio con las políticas predicadas hasta ahora por la comunidad internacional. Ello conduce a mirar hacia Asad como el frente estable contra IS y hay expertos (Young, 2014) que plantean que para contener la voracidad de Estado Islámico se debe primero atacar la fuente del problema: el conflicto en Siria. Para ello, proponen negociar un alto el fuego con el régimen de Damasco que ponga fin temporalmente a los enfrentamientos y permita la creación de una zona segura humanitaria que esté bajo el control de fuerzas internacionales compuestas principalmente por tropas árabes. Y, a partir de ahí, ir ganando terreno a los yihadistas una vez que la guerra se pueda enfocar en un solo frente. La creación de una zona tapón apoyada por un área de exclusión aérea estaría en consonancia con la inicial

reivindicación de Turquía, que desde marzo de 2012 lleva reclamando ante Naciones Unidas (Meneses, 2013) este área segura. En octubre de 2014, con IS actuando a sus puertas en la batalla por controlar la ciudad kurda de Kobane, Ankara revivió esta exigencia, aunque sin éxito dada la oposición oficial del Gobierno de EEUU.

Ciertos círculos de las fuerzas armadas y la Inteligencia de EEUU consideran que Asad puede ser parte de la solución (Young *et al.*, 2014) y prevén que la fragmentación actual del país tiene visos de consolidarse. En EEUU empieza a cundir la idea de que Asad es indispensable para luchar contra el extremismo, como ya ha expresado el ex embajador estadounidense Ryan Crocker (Hassan, 2014). Incluso las agencias de Inteligencia europeas (BBC, 2014) se han reunido con el régimen sirio para compartir información sobre los yihadistas occidentales que viajan a Siria para engrosar las filas de IS y JN. Desde hace meses, hay una gran preocupación en Europa y EEUU por el creciente número de jóvenes que se unen a la yihad en Siria y el peligro que éstos puedan presentar una vez que la guerra acabe y vuelvan con esa experiencia a sus lugares de origen, donde pueden llevar a cabo atentados terroristas. Éste es un problema que también atena a los países de la región y que augura un periodo de inestabilidad futura, tal y como ocurrió con los *barbudos* que fueron a luchar a Afganistán y que luego volvieron a países como Argelia o Egipto en los noventa. No está claro hasta dónde está dispuesto a llegar Occidente para hacer causa común contra el yihadismo con el propio Asad, pero parece que no está tan seguro como antes de que apoyar a la oposición armada siria sea la forma de acabar con el extremismo de IS. Si finalmente colabora con el régimen de Damasco para luchar contra estos grupos, éste puede interpretar que Occidente está dando por válida su narrativa de que la guerra en Siria se trata en realidad de una “guerra contra el terrorismo”.

Un acuerdo de paz que mantenga intacto al dictador Asad no es un buen punto de partida para solucionar la contienda civil

Además, el problema de considerar a Asad un aliado frente a IS parte de la suposición de que su ejército puede luchar contra los yihadistas y que puede recuperar y mantener los territorios que había perdido en el transcurso de la guerra. El *statu quo* creado en las *zonas liberadas* bajo control rebelde no tiene marcha atrás y, por supuesto, es inverosímil que el régimen pueda volver a gobernarlos con aceptación de su población.

Puede que un alto el fuego temporal auspiciado por el régimen sirva para desatascar uno de los callejones sin salida del conflicto sirio y para empezar a estabilizar el país una vez IS haya sido derrotado. Pero eso no significa el fin del conflicto. Un acuerdo de paz con pretensiones de ser definitivo que mantenga intacto al dictador Asad o le dé una hoja en blanco no es un buen punto de partida para solucionar la contienda civil. El futuro de Asad debe estar limitado en el tiempo por un Gobierno de transición en el que el líder sirio deje de

tener un papel; si no, el yihadismo podrá seguir presentándose como una alternativa de lucha contra un Gobierno brutal y autoritario.

Paralelamente, los líderes de la oposición política también pueden tener graves dificultades para mantener una administración efectiva tras un acuerdo de paz si no tienen el beneplácito de las milicias. El problema es que estas brigadas son muy autónomas, cambian constantemente sus alianzas y lealtades y pueden hacer fracasar –si quieren– cualquier acuerdo en sus áreas de influencia, acercando al país al caso de Libia, donde las milicias armadas de diferentes ciudades se disputan el control del Gobierno central. Trabajar en acuerdos locales primero, para preparar al país para un cambio de administración, puede ser un punto de partida para abrir una vía en el laberinto sirio y prepararlo para un futuro sin Asad. Sin embargo, la fragmentación del país está servida en bandeja y cualquier negociación deberá lidiar con ella. Un acuerdo de cese de hostilidades no acabará con la miríada de milicias y la multiplicación de centros de poder en forma de consejos locales e incluso tribunales islámicos. Las divisiones geográficas y sectarias –que la guerra ha potenciado– serán parte del legado sin resolver que dejará esta guerra.

El círculo vicioso de Egipto

De los procesos de cambio que se abrieron con las revoluciones árabes, el de Egipto ha desembocado en un círculo vicioso donde los pasos que ha seguido la transición no han brindado un nuevo sistema político sino que han revalidado viejos modelos. El Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas (SCAF, en sus siglas en inglés) asumió el poder para poner en marcha un gobierno transitorio tras la caída del régimen de Hosni Mubarak, en 2011. Las elecciones de 2012 dieron la victoria a los islamistas moderados Hermanos Musulmanes, que no participaron masivamente en las protestas contra Mubarak pero fueron los principales beneficiarios de su desaparición, tras años en la clandestinidad y la oposición. Previamente, la cofradía había ganado las elecciones parlamentarias, en las que obtuvo, junto con los salafistas del partido Al Nur, el 70% de los escaños.

Nadie podía imaginar que los cambios en el Egipto post Mubarak iban a dar un vuelco tan grande cuando, un año después de ser investido presidente, Mohamed Mursi era derrocado por los militares, con el mariscal de campo Abdel Fatah al Sisi a la cabeza (que había sido nombrado ministro de Defensa por el propio Mursi), tras una ola de protestas. Al Sisi puso el Gobierno egipcio de nuevo bajo la égida de la SCAF y emprendió una feroz represión contra toda disidencia que tuvo su peor pesadilla el 13 de agosto de 2013 con las masacres de la plaza de Rabaa al Adawiya, en las que murieron 638

En los 10 meses que van desde la intervención militar hasta la proclamación de Al Sisi como presidente, más de 3.000 personas murieron y 41.000 fueron encarceladas

personas, la mayoría civiles, según el Ministerio de Sanidad egipcio. El 8 de junio de 2014, Al Sisi (despojado ya de su manto militar y reconvertido en civil) fue investido presidente tras su abrumadora victoria (obtuvo el 97% de los sufragios) en las elecciones de mayo. Sin un programa electoral concreto y con la promesa de “reconstruir Egipto”, Al Sisi revitalizó de un plumazo seis décadas de dominio militar y se convirtió en el *nuevo faraón*. Pero el apoyo popular hacia el ex jefe de la Inteligencia no es incondicional, como mostró la baja participación electoral en los comicios que le coronaron.

El régimen de Al Sisi pronto recibió el espaldarazo de Estados Unidos, que lo considera su “aliado estratégico” en la región. Incluso la visita del secretario de Estado norteamericano, John Kerry, se produjo un día después de que una sentencia judicial ratificara en junio las condenas a muerte a 183 militantes de los Hermanos Musulmanes, incluido su guía supremo, Mohamed Badie (González, 2014). Y es que la cofradía islamista se convirtió en el blanco de la represión militar. Con sus líderes encarcelados y siendo sometidos a macrojuicios periódicamente, los Hermanos Musulmanes fueron primero ilegalizados y, desde diciembre de 2013, declarados “organización terrorista”. Pero no sólo los miembros del movimiento fundado por Hassan al Banna en 1928 han sufrido la persecución del nuevo régimen. También los liberales y los principales líderes del movimiento popular revolucionario que derrocó en las calles a Mubarak han sido acallados. A finales de abril de 2014 fue ilegalizado el Movimiento 6 de Abril, que jugó un importante papel durante la revuelta de 2011, y sus líderes se encuentran encarcelados. En los 10 meses que van desde la intervención militar hasta la proclamación de Al Sisi como presidente, más de 3.000 personas murieron y 41.000 fueron encarceladas.

Al Sisi, en su afán por reescribir la historia reciente de Egipto, defiende que las protestas contra Mursi del 30 de junio de 2013, que desembocaron en la asonada militar, “no fueron un golpe de Estado, sino una revolución popular”. A la narrativa del nuevo régimen egipcio que pinta su represalia contra los Hermanos Musulmanes como “una lucha contra el terrorismo” le ha venido muy bien el auge que ha cobrado en Siria e Irak el grupo yihadista Estado Islámico (IS). Su espectacular ofensiva en el Levante mediterráneo ayuda a Al Sisi a justificar, dentro y fuera de Egipto, sus políticas de seguridad orientadas a borrar del mapa toda disidencia (Helmy, 2014). Aunque los vínculos entre IS y los grupos radicales islámicos en Egipto son tenuous, ha sido fácil para El Cairo dibujar a esta organización como parte del espectro que amenaza la seguridad nacional y ligarlo a los Hermanos Musulmanes.

También ha servido para subirse al carro de IS la creciente actividad y presencia de grupos armados islamistas en la península del Sinaí, sobre todo a raíz de que Ansar Bait al Maqdis –un grupo con base en el Sinaí que ha sido señalado como el responsable de la muerte de cientos de miembros de las fuerzas de seguridad egipcias desde la caída de Mursi- declarara su apoyo a IS. Sin embargo, la represión autoritaria del régimen desde su intervención en julio de 2013 está en realidad alimentando nuevos extremismos que pueden ofrecer a IS terreno fértil para echar raíces en Egipto. Y, pese a su imagen como muro de contención del radicalismo, cuanto más siga Al Sisi sin abordar la desastrosa situación económica del país y más insista en la represión política, mayores serán los argumentos de los extremistas próximos a la ideología de IS para reclutar carne de cañón. En este pernicioso escenario, IS lo tendrá fácil para encontrar los espacios vacíos que halló en Siria e Irak.

La batalla contra los Hermanos Musulmanes de Al Sisi se enmarca también en una *guerra fría* árabe (Meneses, 2014b) en la que participan, de un lado Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos para cortar de raíz la influencia de la cofradía en la región y, de otro, Qatar, principal apoyo de la *franquicia* de los Ijuan al Muslimin (como se les conoce en árabe) en Oriente Próximo y el norte de África. Así, Egipto es un importante aliado de saudíes y emiratíes en este campo de batalla en el que la organización palestina Hamas y las ramificaciones de la Hermandad en Libia y otros países son también puntales a batir. En este contexto, Al Sisi no ha desaprovechado la ocasión para izar la bandera de la *lucha contra el terrorismo*, englobando su proyecto de eliminación de los Hermanos Musulmanes en el más amplio y difuso de Occidente contra Estado Islámico. Del mismo modo, en agosto, la adhesión de Al Sisi a la coalición liderada por EEUU para luchar contra IS en Irak y Siria le ha reafirmado como el tradicional “aliado estratégico” que siempre fue el Egipto de Mubarak, relegando –una vez más– las críticas a los abusos contra la disidencia. Eso precisamente ya se confirmó meses antes con el anuncio en abril de que Washington levantaba el veto a su ayuda militar a Egipto y daba vía libre para enviar 10 helicópteros de ataque norteamericanos *Apache* para ayudar a la campaña contraterrorista en el Sinaí y para, según el Pentágono, “contrarrestar el extremismo que amenaza a la seguridad de EEUU, Egipto e Israel”.

La militarización de la política

En este sentido, en Egipto no sólo asistimos a una involución, sino que es como si la revolución de 2011 nunca hubiera ocurrido (Brooke, 2014). Los militares ocupan el poder, pero en realidad nunca se fueron del todo. Los análisis apuntan a una nueva militariza-

ción de la política egipcia, en la que Al Sisi está apoyándose fuertemente en la institución castrense para dar vida a sus proyectos. Uno de los ejemplos es el ambicioso proyecto del nuevo Canal de Suez, en el que los uniformados llevan la iniciativa. El mariscal de campo retirado se ha rodeado además de numerosos ex oficiales y generales como hombres de confianza (Wenig, 2014), imprimiendo un sello de lealtad militar en su estilo de gobierno. Todo parece indicar que la militarización de la política de Al Sisi es su único recurso para paliar un sistema administrativo disfuncional y atajar las dificultades por las que atraviesa el país, entre las que destacan la altísima polarización política y una economía en caída libre.

El presidente del país más poblado del mundo árabe ha llegado al poder sin un proyecto económico claro. Es cierto que resolver la crisis no acabará con todos los problemas del país, pero éstos no mejorarán tampoco si no se atajan las finanzas y se crean oportunidades laborales que acaben con los altos índices de paro y pobreza. Su lista de retos económicos no tiene fin: restaurar el sector eléctrico, reformar la política de subsidios, mejorar las infraestructuras, reducir el déficit fiscal, disminuir la dependencia de la ayuda financiera exterior... Al Sisi ha recibido un fuerte respaldo de sus aliados en el Golfo Pérsico, que han insuflado a la economía egipcia 20.000 millones de dólares transfigurados en préstamos, subvenciones y productos energéticos (Egipto sufre un enorme déficit gasístico). Pero, a pesar de ello, las reservas de divisas han caído cerca del 50% desde 2011, por poner un ejemplo del nivel de desastre financiero. La comunidad empresarial, que fue uno de los apoyos más fuertes del líder dentro del país, siente que si Al Sisi fracasa en la necesidad de enderezar la economía “será el fin de Egipto” (Trager, 2014). En efecto, la incompetencia para realizar reformas económicas tangibles y beneficiosas para la sociedad egipcia, unida a las derivas autoritarias del régimen, sólo conducirá a que el descontento crezca y se forme una mezcla explosiva.

Un ejemplo de la imbricación entre el tormentoso contexto político y el hundimiento de la economía es el sector turístico, que supone una importante fuente de ingresos para Egipto, siendo el 11% del Producto Interior Bruto, e influye de forma muy importante en su imagen internacional. El turismo da empleo directa e indirectamente a más de cuatro millones de personas. Pero, desde el derrocamiento de Mursi, ha caído un 90%, con un terrible pico en el mes de septiembre de 2013, en el que tan sólo se registraron 300.000 turistas en el país, según cifras facilitadas por el ministro de Turismo, Hisham Zizou¹ en enero de 2014. Atrás quedan los tiempos en que Egipto atraía a casi 15 millones de turistas al año: desde que estalló la revolución apenas han sobrepasado los 11 millones.

¹ Datos recogidos por la autora durante su participación en el seminario “Water as a Tool for Tourism Communication”, celebrado del 27 al 29 de enero de 2014 en Asuán (Egipto).

Aquí, como en el resto de cosas, hay una falta de visión endémica. Cuando fue elegido, se esperaba de Al Sisi que pusiera en marcha “un proyecto nacional” que reparara un país hecho añicos. La velocidad con la que muchos egipcios han confiado en el mariscal de campo retirado como su salvador (Amirah Fernández, 2014) puede volverse contra él sin fracasa. Las circunstancias en las que ha sido aupado al poder, ayudado por una brutal represión, hacen que sea improbable que sus políticas sean menos polarizadoras que las que llevó a cabo su predecesor. La doctrina “erradicacionista” hacia los Hermanos Musulmanes como fuerza política se ha hecho fuerte en el seno del ejército e impide una reconciliación nacional (Dworkin y Michou, 2014). No será fácil arrancar del vientre del país árabe un movimiento con casi un siglo de historia y fuertes raíces sociales. El Egipto de Al Sisi presenta graves déficits democráticos y una situación económica ruinosa. Y todo ello unido hace que sea complicado prever una estabilización del país a corto plazo.

Referencias bibliográficas

Amirah Fernández, Haizam (2014): “Al Sisi, el bombero pirómano”, *El Mundo*, 27 de marzo. Disponible online: <http://www.elmundo.es/internacional/2014/03/27/5334640222601d4a208b458c.html>

BBC (2014): “Syria says West talks to Damascus about Islamists rebels”, 15 de enero. Disponible online: <http://www.bbc.com/news/world-middle-east-25738178>

Brooke, Steven (2014): “In Egypt, Nasty Business as Usual”, Middle East Research and Information Project (MERIP), 29 de abril. Disponible online: <http://www.merip.org/egypt-nasty-business-usual>

Dilianian, Ken (2014): “U.S. still searching for allies in Syria”, *The Daily Star*, 18 de octubre. Disponible online: http://www.dailystar.com.lb/News/Middle-East/2014/Oct-18/274501-us-still-searching-for-allies-in-syria.ashx?utm_source=Magnet&utm_medium=Related%20Articles%20widget&utm_campaign=Magnet%20tools#axzz3GUyD6CBf

Dworkin, Anthony y Michou, Hélène (2014): “Egypt’s Unsustainable Crackdown”, Policy Memo ECFR/92, 8 de enero. European Council on Foreign Relations. Disponible para su descarga online: http://www.ecfr.eu/publications/summary/egypts_unsustainable_crackdown303

González, Ricard (2014): “Kerry respalda en Egipto a Al Sisi, presidente y autor del golpe de Estado”, *El País*, 22 de junio. Disponible online: http://internacional.elpais.com/internacional/2014/06/22/actualidad/1403465904_897931.html

Hassan, Hassan (2014): “Hope Springs in Syria?”, *Foreign Affairs*, 22 de enero. Disponible online: <http://www.foreignaffairs.com/articles/140670/hassan-hassan/hope-springs-in-syria>

Helmy, Abdallah (2014): “Egypt’s Sisi gains leverage from the fight against the Islamic State”, European Council on Foreign Relations, 2 de octubre. Disponible online: http://www.ecfr.eu/content/entry/commentary_egypt332

Meneses, Rosa (2013): "La guerra civil siria en clave regional: el impacto en los países vecinos", en *El reto de la democracia en un mundo en cambio: respuestas políticas y sociales. Anuario 2013-2014*. Manuela Mesa (coord.), Ceipaz. Páginas 129-143. Disponible para su descarga online: <http://www.ceipaz.org/images/contenido/AnuarioCompleto.pdf>

Meneses, R. (2014): "Todos contra Estado Islámico", *El Mundo*, 12 de septiembre. Disponible online: <http://www.elmundo.es/internacional/2014/09/12/5411e600e2704ed3428b4572.html>

Meneses, R. (2014b): "Hamás y la guerra fría árabe", *El Mundo*, 30 de julio. Disponible online: <http://www.elmundo.es/internacional/2014/07/30/53d94b5522601d92378b456e.html>

Nakhoul, Samia (2014): "Al Qaida hijacks spirit of Syria revolt three years on", cable de la agencia Reuters, 11 de marzo.

RAND (2014): *The Conflict in Syria. Understanding and Avoiding Regional Spillover Effects*. Research Brief, RAND. Disponible online: http://www.rand.org/pubs/research_briefs/RB9785.html

Trager, Eric (2014): "Sisi's fearful Egypt", *Policy Analysis*, The Washington Institute for Near East Policy, 11 de junio. Disponible online: <http://www.washingtoninstitute.org/policy-analysis/view/sisis-fearful-egypt>

Wenig, Gilad (2014): "President Field Marshal", *Fikra Forum*, 25 de septiembre. Disponible online: <http://fikraforum.org/?p=5496>

Young, William (2014): "To Fight ISIS, Make Peace with Syria's Assad", *USA Today*, 13 de agosto. Disponible online: <http://www.usatoday.com/story/opinion/2014/08/13/rand-isis-arab-airstrikes-column/13863321/>

Young, William G.; Stebbins, David; Frederick, Bryan; Al-Shahery, Omar (2014): *Spillover from the Conflict in Syria: An Assessment of the Factors That Aid and Impede the Spread of Violence*. RAND, 27 de agosto. Disponible online: http://www.rand.org/content/dam/rand/pubs/research_reports/RR600/RR609/RAND_RR609.pdf